

APOLLO

ANO IV

Número 25



DE MONTEVIDEO 25

DE MARZO DE 1909 25

Si es usted forastero y no conoce
la ciudad, no tiene que preguntar
nada á nadie, todo se lo explicará
: : : LA GUIA : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, Tranvías,
Mensajerías, etc. — Plano completo,
nomenclator y descripción de la ciudad

Montevideo en el bolsillo

— ÚNICA EN SU GÉNERO —

“GERMEN”

En venta en la LIBRERIA MODERNA

SARANDI, 240

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Ríos

0.50 EL EJEMPLAR

Revista de Sociología

Director: Alejandro Sux

MONTEVIDEO



APOLLO



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

© © ©

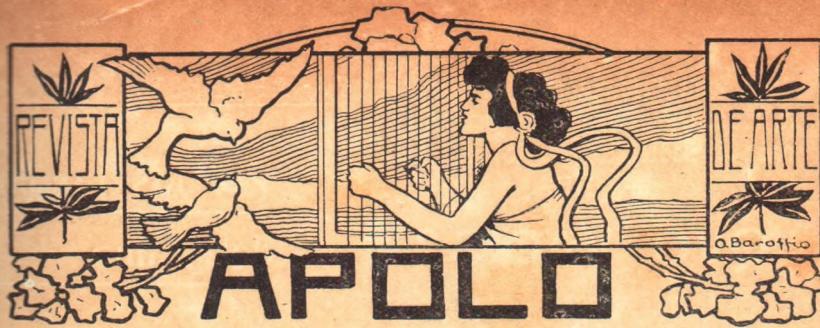
Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —

YA APARECIÓ

Por los Jardines
del Alma = = =



Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Marzo de 1909

N.º 25

La muerte es la Paz — 67.580 —

Es el de cronista, triste oficio. Siempre el alma inquieta, volando de miseria en desgracia, de infortunio en desventura, poniéndole glosa á la maldad, comentario á la injusticia: torturada la imaginación, en su empeño de hallar en dramas vulgares, esencia de idealismo, delicados maticees y poéticos tonos; elaborando el espíritu, con el pesar ajeno, la propia tristeza: Como el hidalgo loco de Cervantes, el cronista, fijo en el Clavileño de su dolor, recorre con la fantasía el espacio sin fin de todos los dolores.

Es inútil que busquemos notas alegres. Sólo un asunto, tristísimo en el fondo, induce y mueve á la risa: la eterna imbecilidad humana, dando oídos á manifiestos pomposos de partidos que murieron, por abandono de la idea que era su espíritu; á propagandas de una política, que por que nada tiene lo promete todo.

Ya lo dijo Larra. El hombre, que deja engañar su apetito con

vana palabrería, promesa de poco substanciosas libertades, es el más estúpido de los animales. Tiene hambre, pide pan; le ofrecen derechos y se conforma. Y á la postre, sólo un derecho, que no le prometieron, goza y disfruta: el derecho de morirse.

Descontada esta risible tristeza — valga la antítesis — los periódicos, sólo sangrientos relatos de crímenes y desgracias publican. Por igual sentimiento de egoísmo, la alegría se esconde y el dolor se muestra: aquella para que ninguno la comparta; éste para que todos le lloren. La vida, como el mar, solo arroja á la superficie los cadáveres.

Y sin embargo, entre tantas muertes, hay una que de todas se destaca.

No es fin al que se llega, llenos los ojos de sangre, por rebelión de grosero instinto ó á impulsos de colérico arrebato: es muerte serena, producto del dolor sedimentado, de la amargura reflexiva.

A la vista de Algeciras un súbdito alemán, pasajero del vapor correo de Ceuta que atraviesa el estrecho, se arrojó al mar, dejando clavado en la borda un papel que decía: «Mors est pax laboris et miseria».

A este hombre le pareció que la existencia no merecía el esfuerzo del trabajo, si por premio sólo encontraba la miseria. Ansioso de goce, y no pudiendo gustar el efímero que da el triunfo de la vida, buscó el eterno que proporciona el descanso de la muerte.

Con la idea suicida, se alejó de la costa africana: vió como la tierra negruzca, perdiendo contornos y perfiles, trocábase en azul pincelada, que poco a poco fué esfumándose en la lejanía del horizonte.

Tal vez en aquel instante, como la tierra en la lejanía, borróse en su alma la idea de la vida, y con ella la idea de la muerte. Ni trabajos ni miserias le recordaban, la azulada ondulación del mar, la tersura azul del cielo.

Fué un sueño corto; que al

emergir de las ondas la tierra española, pincelada azul primero, mancha negruza más tarde, que lentamente fué adquiriendo contornos y perfiles, remaneció en su alma la idea de la vida cortejada de la muerte.

Acaso entonces como Hamlet se preguntara: ¿Será morir, dormir, soñar? . . .

Y atacado de vanidad postrena, con pretensión orgullosa de que el mundo no ignorase de su cansancio, ó su desprecio, puso lema á su muerte, lo clavó en la borda y se arrojó á las aguas, anhelando beber en su salsedumbre la dulzura inefable del eterno reposo.

¿Habrá conseguido su propósito?

¿Desligado de las terrenas ataduras, que á la vida le sujetaban con trabajo y miseria, gozará libre el espíritu, en serenas regiones, la paz apetecida?

Las aguas devolverán á la tierra lo que es suyo: la carne muerta.

ENRIQUE DE MESA.

TEDIO

Todo es tetro en el alba de las noches vernales
Porque yo me he tornado displicente y sombrío.
No perfuman mi alcoba los opimos rosales,
Y las brisas hesperias ya me causan hastío.

El azur transparente del remanso de un río
Que desliza, apacible, sus copiosos raudales,
Y el miosotis del éter en las tardes de estío
A mi psíquis enferma dan nostalgias iguales.

Resquemores de viejas pesadumbres y el frío
De un invierno de dudas, atiriendo mi gozo,
Anegaron en nublos el espíritu mío;

Y ahora estoy en mi alcoba despidiendo un sollozo,
Cual un monje en su celda, displicente y sombrío,
Y soy reo de amores dentro de un calabozo.

PÉREZ Y GURIS.

De mi locura

El Insomnio

Para APOLO.

« Y pasando por delante de mi espíritu hizo erizarse los pelos de mi carne ».

JOB.

El Insomnio mis párpados abre,
A lo obscuro mirando no veo
Pero estatua de blancas pupilas
De mí mismo yo miro hacia adentro,
Y en la sombra una voz angustiada,
Que parece que viene de lejos,
Muy despacio repite á mi oído
Lo que mi alma le dice á mi cuerpo :

« Soñador, mi carnal envoltura,
Yo el espíritu soy que te muevo,
Yo sufro, mi angustia
Es la que hace te agites inquieto.
Yendo en pos de la dicha soñada
Con el ansia de puros anhelos,
Como tú me debato doliente
Que es mi cárcel obscura tu cuerpo.
Si es que llama el abismo al abismo,
Como llama el Amor al Deseo,
Como llama la cúspide al rayo,
Como llama el relámpago al trueno,
Con la voz formidable que lanza
El su barca el terrible Nocherio,
Cuando, airado, les grita á las almas
« Que no esperen jamás ver el Cielo »;
En el raudo turbión que me arrastra
El abismo soy yo que en el seno
De otro cae, cruzando en tinieblas
La región infernal del Erebo,
La morada glaciar y sombría
De la Noche, la Muerte y Cerebro,
Donde flotan, vapores que asfixian,
El Dolor, el Olvido, el Silencio. »

Y mi cuerpo le dice á mi alma,
Como hablando con ella en secreto :
« Yo también aquí vivo en la sombra,
Yo también aquí vago sufriendo.
Ya perdí mi postre esperanza,
Ya no siente un latido mi pecho,
Ya su fauce me muestra el abismo,
Ya no brilla una estrella en mi cielo.
No hay vestal que custodie mi ara,
Para siempre apagóse su fuego,
He perdido el favor de mi Diosa
Y ahora soy como un templo desierto.
De Sisifo me agobia la piedra,
Como Tántalo vivo sediento
Y del viejo Carón en la barca
Surco el río de Olvido, el Leteo,
Con sus ondas me baña la Estigia,
He caído en el Tártaro negro. »

« Oh! mi alma, que ves disiparse
En la vida tu mágico ensueño,
Como nieve que al sol se derrite
Aunque extreme su frío el Invierno. »

Oh! mi alma, que sientes opresa
De lo ignoto el terrible misterio :
La región de la sombra cruzamos,
La región de la Sombra es mi encierro !»

El Insomnio mis párpados abre,
Aquí estoy, como siempre, despierto
Mientras bate impalpable sus alas
Transparentes el dios del Silencio ;
Aquí estoy, sumergido en la Sombra
Que, solemne, me infunde respeto,
Porque el ser de un peligro invisible
En sus átomos vaga disuelto.
Pero aun más que la sombra, tan

[negra,

Es la negra visión á quien temo
Y que ven destacarse á lo oscuro,
Espirados, mis ojos abiertos,
Como el rostro de fiera medusa
En la piel del escudo amalteo.
Esa negra visión enlutada
Menazante se acerca á mi lecho
Y me dice con voz cavernosa :
« Yo la única soy que te quiero,
Yo soy la Locura

Que la noche pondré en tu cerebro,
Y en mi sombra entrarás si te toca,
Como un báquico tirso, mi cetro. »

« Mas no es un cantar de bacante
Juguetando en un campo asfodelo
Perseguida de un fauno lascivo,
Ni la lúbrica voz de Sileno
Que te habla en la sombra. Es la mía,
Es mi voz que te da su consejo.
Tú la dicha hallarás si penetras
De mis silos al hondo misterio,
Venturoso serás cuando seas
Inensible á todo lo externo,
Y en un mundo químérico vivas
Como aquél que se finge en los cuentos
Que á Harún—al—Raschid le narrara
El mirífico labio de un Genio
En Bagdad la opulenta, que tuvo
Al Califa abasida por dueño. »

« Fuma el opio, mortal fatalista,
Como el hijo de Budha. En el seno
De su sacro Nirvana diluye
Al creyente que embarga su sueño.
El sopor de un narcótico busca
Que mitigue tu rudo tormento,
El « haschich » que te embriague, ó el
[loto]
Con que borres memorias del suelo.
Bebe el « ponche » diabólica mezcla

De jengibre, aguardiente y ajenjo;
En el ron, cuya lívida llama
Es crepúsculo triste de Invierno,
Hay que árda tu última idea
Mariposa de luz del Cerebro,
Y, estalagma de un cavo geoda,
Deja inmóvil en ti el pensamiento.
El alcohol, el cloral, la morfina
Te darán la visión de mi Imperio.
Ven conmigo á mi río de Olvido,
Que en sus ondas el turbio Leteo,
De venturas que huyeron fugaces
Como huye fugaz todo ensueño,

Extinguida la luz de tu mente
Ahogará, para siempre, el recuerdo!»

Y la Sombra imponente, con paso
Mesurado, se acerca á mi lecho;
Y me abraza la horrible Locura,
Y me estrecha en sus brazos de hielo,
Y al sentir de su fría caricia
El contacto, que enerva el Deseo,
Una lluvia de pena en mí cae,
Una lluvia que hiela mis huesos!

ADRIANO M. AGUIAR.

Autorretrato

Por la espaciosa frente pálida y pensativa,
desciende la melena en dos rizos iguales.
Negros ojos miopes, gruesa nariz lasciva,
la faz oval y fina, los labios sensuales.

Sobre el flexible cuerpo, perturban la negrura
del enlutado traje que su dolor retrata,
el d'annunziano cuello con su nívea blancaura
y con manchas sangrientas la flotante corbata.

Apura un cigarrillo Kedive, reclinado
en un diván obscuro, y entre el humo azulado
del tabaco, sus ojos contemplan con amor
el azul de las venas sobre las manos finas
dignas de rasgar velos de princesas latinas
y cénir el anillo del Santo Pescador.

FRANCISCO VILLAESPESA

Miniatura

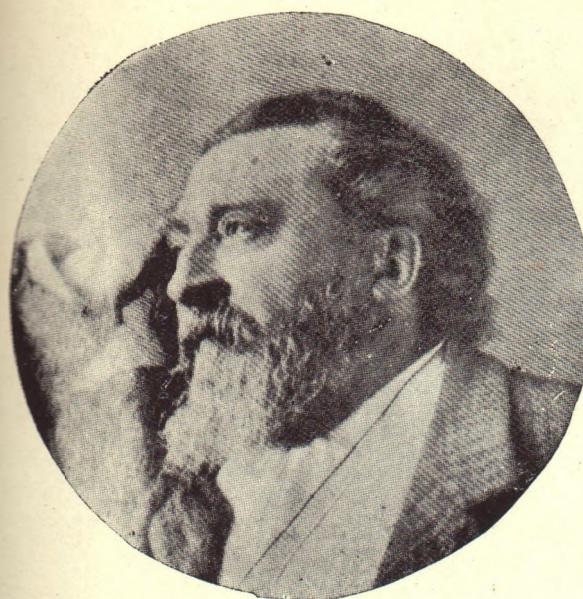
— ¿ Si no conozco la desnudez de mi alma ? La conozco, y por eso vivo alto en orgullo. Alma desnuda como la verdad, como el amor. Todo lo puro, limpio, legítimo, es desnudo. Los ángeles, desnudos, vuelan por el aire en sus veloces alas. El agua del mar, cristalina y transparente, es desnuda ; el charco inmundo, sin movimiento, renovación ni ven-

tilación, está vestido de yerbas malsanas, algas venenosas, y telas verdes y nauseabundas.

Los árboles superiores, los admirables, son desnudos : su cuerpo, limpio, se levanta en medio de la selva, y en su cumbre se sientan las aves del Paraíso. Los arbustos vestidos de musgos y parásitos, no son los señores de los montes ni de los jardines.

JUAN MONTALVO.

Catulle Mendés



Hace poco más de un año las letras francesas estuvieron de duelo por la pérdida del gran poeta Sully Prudhomme. La muerte de Catulle Mendés, su compañero de luchas, acaecida en los comienzos del mes pasado, ha vuelto á llevar el luto á las escuelas y los cenáculos literarios de Francia, que sentían por el ilustre poeta una viva admiración.

Rindiendo homenaje al Maestro desaparecido, APOLÓ reproduce su retrato y dedica estas líneas á su memoria.



A Julia Fons

Sevillana que luces tu belleza felina
en las danzas aéreas de elegante primor
y que cantas tus cantos con la voz cristalina,
toda trémula y fina, de un arrullo de amor:

Sevillana que domas la intención masculina,
¡bajo un ósculo tuyo, quién pusiera una flor!
¡quién oliera tu rosa sin punzarse en tu espina!
¡quién gozara tu lumbre, sin quemarse en tu ardor!

Tú que tienes la gracia, ten piedad de mi fuerza:
que tu palma debajo de mi viento se tuerza,
en un lírico gesto de prolífico afán.

Tal recuerdo las palmas del gran páramo yerto
y quisiera en la fiebre de un callado desierto
ser profeta ó astrólogo ó beduino ó sultán.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

¡Alicante, Alicante!

NOVELA

Para APOLÓ.

— ¡Hola, Chápuli! — ¿Cómo le va? — Me dijo una hermosísima dama la otra tarde en la Avenida de Mayo, presentándose una de sus diminutas manos, que yo estreché con frenesi.

— Muy bien — ¿Y Vd.? — musité — un poco confuso.

— ¿Parece que no me conoce?

Interrogó la señora dando un timbre especial á su voz y una sonrisa á sus rojizos y purísimos labios, que me hizo estremecer. Un sudor frío corrió por mi frente y un débil desvanecimiento pasó por mi cabeza. Sin embargo, contesté con todo el desparpajo que me permitió mi azoramiento.

No me es usted desconocida. Esos ojos negros y rasgados, esa diminuta boca... no me son del todo extraños, pero ¿qué quiere Vd. que le diga? no recuerdo en este momento ¡vaya uno tanto! Quizás la conociera en...

— No tiene nada de particular — me interrumpió — hace seis años que faltó, que me encuento ya desfigurada, vieja, tal vez...

— Vieja no, porque está Vd. en estado de merecer, es Vd. una lindísima joven. ¿No ve como todos la miran con cierta admiración? Eso prueba...

— Gracias, es Vd. muy galante. No puede negar que es de la tierra; ¡Alicante, Alicante!

— Pero, ¿es Vd. de allí?

— De Torremañanzas. Nací en esta barriada, en el verano de un año que fueron mis padres, pero siempre viví en la capital. ¿Aun no me ha conocido? ¿No recuerda de María Sisó, aquella que vivió en la Plaza Constitución frente al Banco de España, al lado de la Nueva Aduanita?

— Aquella cuyo padre era...

— ... Oficial de Hacienda.

— Sí; ya lo creo! — Le contesté, aunque ignoraba la familia y ni recordaba de aquella figura tan bella como simpática.

Era ésta una real hembra: buen tipo, alta, de pechos abultados y movedizos, de diminuto pie y pantorrilla que, en la forma graciosa con que se recogía la falda, dejaba ver tan irreprochable que enloquecía a los hombres. Vestía primorosamente un traje blanco, dejando al descubierto un bien torneado cuero y unos redondeados brazos cubiertos por encaje de tul.

Por conversar con aquella mujer invitóla á tomar un té.

Entramos, distraídamente, en el salón del piano del Paris Hotel. Las pocas personas que alrededor de las mesas conversaban, nos miraron con fijeza. Pasamos á otro aposento, el destinado para señoritas. Era éste un pequeño departamento con ocho mesas colocadas con cierta simetría; en el centro pendía hermosa araña de unas doce lamparillas eléctricas. Solamente dos, daban una humilde como mortecina luz, que

hacía más á propósito el lugar. Una vez que hubimos tomado asiento, entró el mozo, prendió cuatro lamparillas más y se aproximó á nuestra mesa.

— Dos té, con masas — le dije — antes de que pronunciara palabra alguna.

La lugareña habló entonces en voz baja.

— Cuando salí de España — me dijo, acercando su cara á la mía, marché á Río de Janeiro en donde me desposé con un viejo brasileño de mucha plata. En el verano de un año enfermó él. Los médicos al reconocerle, le recomendaron el benigno clima de Montevideo. Él vino aquí porque gustaba más de la capital de la Argentina. Dos años hace que habito en Buenos Aires en donde he visto algunos coterráneos, á quienes no he podido conversar. ¡Alicante, Alicante!

Entró el mozo y nos sirvió. Los dos bebimos del té caliente.

— ¡Oh, ahora sí que sabré de mi tiera! — dijo la lugareña; mañana le espero en mi casa Rivadavia 1125. Vendrá Vd. — verdad?

Yo estaba desvanecido. Las caricias que, en mi cara hacían sus finísimos cabellos y el valo del perfumado de sus ropas, producían un gran éxtasis en mi ser. Murmuré:

— Mañana á estas horas estaré en su casa por más que no he tenido el honor de conocer al feliz mortal que ha tenido la dicha de tocar ese angelical cuerpo.

— No le hace. Ya se lo presentaré. ¡Es tan bueno! Pronunció con cierta dulzura sus últimas palabras y dió cierta expresión á sus ojos negros y rasgados.

Los dos apuramos nuestras tazas, disponiéndonos á marchar. Eran las 7 de la tarde.

La lugareña me dió la mano y me miró profundamente.

— Adiós; hasta mañana á las 6

— Adiós — le dije yo estrechando entre mis manos la enguantada de aquella dama.

La penumbra de la noche había llegado. Sirio brillaba en el diáfrago azul del cielo. En aquella hora, las larguísima filas de faroles, de ambos lados de la Avenida, despedían haces de luz, mortecina. La hilada del centro permanecía aún apagada. Por ambas veredas innúmeras mujeres que ostentaban vaporosas vestiduras y adornos, colores y tonalidades que ofuscan y alegran á un tiempo. Infinidad de coches rodaban por la calzada y los severos palacios alzábansen solemnemente la verde de los árboles que adornan la espléndida calle.

Yo atravesé todo aquel enjambre humano y crucé la Avenida, sin apercibirmé siquiera de algo. En mis oídos zumbaban aún sus palabras.

— Es tan bueno, es tan bueno!

A las cinco y media del siguiente dia, salía yo ufano y nervioso de mi modesta mansión, arropado con lo mejor que tenía,

La hora fijada aproximábase con suicida tranquilidad. Presuroso, tomé Santiago del Esterio, atravesé Alsina y Victoria y víme de nuevo en la Avenida, agarré su vereda derecha hasta Lima, doblé y llegué por fin á Rivadavia, por el domicilio de la lugareña. Llamé.

No bien hubo sonado el timbre, cuando apareció en el umbral de la puerta. Estaba hermosísima. Vestía linda bata, azul celeste, algo ligera; su escote dejaba ver el nacimiento de sus abultados pechos. Sus cabellos negros azabache, estaban sujetos con una cinta del mismo color que la bata.

— Creía que no venía y empezaba á impacientarme — me dijo sonriente, al tiempo que me extendía su diestra mano.

— La hora convenida no ha sonado aún en el reloj de la Catedral — le contesté yo estrechando la mano y besando el carmín húmedo de sus purísimos labios.

Entramos en una pequeña como bien amueblada sala. En el centro un velador con mil bisuterías. A la derecha un piano de caoba, encima una vista panorámica de la levantina ciudad española, á ambos lados, dos magníficas acuarelas de flores de L. Pericás. En el fondo un diván, dos butacas y unas cuantas sillas todas tapizadas de rosa y de un puro estilo inglés. A la izquierda un magnífico espejo, que ocupaba todo el testerio. También había algunos cuadros de personajes, que no conocía.

Sentéme en el diván. Ella, arrellanóse á mi vera. Y tomando su mano que estrechaba entre las mías, la dije en tono cariñoso.

— ¿Y su marido? — Por ventura hállese ausente?

— Sí... Un amigo... ha venido y se han marchado á... Palermo.

Por salir de aquella situación la dije:

— En ese piano pasará Vd. sus horas.

— Sabe tocar?

— No, bien no, me acompañó el canto en mis lágubres ratos.

... Y la lugareña hundió las teclas, y produjo el armonioso sonido del vals «Sobre las Olas» y cantó con purísima voz

Valcárcel se fué
el día 13 en el «San Agustín»,

Terminó, cerró el piano y ocupó de nuevo su asiento.

— ¿No vale más que charlemos? — murmuró — Recuerda Vd. cuando el embarque de las tropas en el «San Agustín»? — Y la catástrofe del día anterior al embarque? Qué terrible. Aquella tarde encontrábame yo dentro de la nave.

— También yo. Por cierto que buen susto no di á mi familia. A las 8 aún no había visto yo aparecido por sitio alguno y creyeron que yo...

— ¿Por qué no me habla de la tierra? — gimió la lugareña, pasándome un brazo por el cuello. Yo quiero un recuerdo, una idea un algo que me reminiscencia mi pasada vida... ; Alicante, Alicante!

Estábamos muy cerca. El grato perfume su de cuerpo me embriagaba... Veía el nacimiento de su pecho...

— ¿Qué quiere Vd. qué diga? todo está lo mismo, que seis años ha.

— Y con Eusebia ¿galanteó Vd. aún?

— ¡Nó! — Si casó con un marino!

— ¿Con aquel del «Nautilus»?

— El mismo.

— ¿Y Carmen, y Teresa...?

— La primera continúa con aquel hombre largo y flaco y la otra está próxima á sus desposorios.

— ... Y Marita... Marita Vega... la hija de Antonio Vega, el de la Compañía Arrendaria de Tabacos?

— Oh, ya! — ¿Aquel que vivió en la calle Labradores?

— ¡El mismo, el mismo! — interrumpió frenéticamente la dama.

— ¿Aquel cuya mujer partió en amable consorcio con un cómico...?

— ¡El mismo, el mismo! — decía — apretándose cada vez más, con sus torneados brazos y echando fuego por sus ojos.

— Pues aquel hombre, — repuse después de desasirme un poco de mi carga — aquel murió de vergüenza más bien que de pena. Y en cuanto á la hija tuvieron que recluir la en el manicomio de Elda porque...

— ¡Mi hija! — exclamó la lugareña, poniendo sus ojos en blanco y dando su cuerpo mil convulsiones. Cayó y un toso ruidoso, producido por el choque de su peinado cabeza con el pavimento.

Yo quedé anonadado; no supe lo que allí ocurrió. Cuando volví en mí, vi aquella mujer aún en tierra, hundida su cara en su cabezal y tres hombres sujetábanla con esfuerzo. Próximo á ella un viejo, de blanca barba, la miraba desesperado. Más tarde, condujeron á la accidentada á un lecho... El viejo quedó inmóvil, mirándome con mirada penetrante, como preguntándome por lo allí acaecido.

— Estábamos — le dije algo aturdido — hablando de nuestra tierra, de Alicante...

— Ah, vamos ya comprendo — repuso con voz acogejada. ; Alicante, Alicante!

Y sollozó tras la lugareña.

ERNESTO CHÁPULI ANSÓ.

Letras Americanas

Para la revista APOLÓ.

Don Quijote llegó con su épico escudo y no vió ya la planicie anémica de la Mancha, sino que quitando el yelmo y puesta la lanza en tierra, miró al caer de la tarde, el tropel de luceros, brillantes escalonando la montaña de la noche. La belleza, pasó dejando su fulgor de gloria por la mano férrea de los conquistadores; la Poesía que era una luz de atavio alumbró las frías naves de nuestras viejas catedrales, y la frase ascética tuvo alas de ensueño en el ritual sagrado, en la celda sombría y ante el rostro pálido de los Cristos.

Don Quijote brindaba todavía en la usada copa del viejo Horacio, frente á los retratos, toda una serie de Luises y Quevedos.

En el año 1830 cayó sobre Roma el fuego de la Francia romántica, como sobre una ciudad maldita. Lutecia, la gloriosa y fuerte, no dejó en Roma mármol sobre mármol.

El encanto romántico hizo el corte heroico á la *Atlántida* de Olegario Andrade, cada estrofa fué alta, como un picacho andino, aquel numen rico marcó, firme, el contraste con la indigencia del marco clásico.

La *Atlántida* es un símbolo, pasa sobre una voz de promesa, es la Clarividencia anunciando el alba futura á la raza latina.

Muerto Bello, Abigail Lozano, Heredia y Manuel Gutiérrez Nájera, quedó sin verdor el árbol lírico trasplantado de España.

Ya en la Europa convulsionada é intensa, un obrero de gran musculatura se atrevía á poner su taller frente al *Cendáculo*, hasta los oídos del Arte llegaba

un ruído de fábrica y de burguesía.

Con el 1880 se alzó, formidable, una ola de París, la juventud, que atacaba desde *La Vogue* el Olimpo de Medán. El *Mercurio de Francia* fué uno de los termómetros que marcó el mayor grado de commoción de entonces. La demencia hería con fino puñal de oro las ordenadas vértebras del habla francesa. El color, la forma plástica, la línea y la cadencia, todo fué arrebatado por la corriente anárquica. Flotó en los manicomios la bandera del Arte.

Fué confusión el Ritmo. La Belleza, del brazo de René Ghil, se manchaba en la charca del delirio. La Poesía, arrastrada y escarneida por la secta de Zola se cubrió de laureles en Montmartre.

El cuadro conciliador se presenta con un toque bíblico: el azul brilla diáfano, cada altura se muestra en la desnuda gloria del paisaje. La Moral quedó en los cánones del Bien, la ciencia fué á la Ciencia, el calco sepultado junto á la tumba de Luis el Catóceeno, el corazón de Victor Hugo enterrado también muy hondo.

Rotas todas las banderas, deshechas todas las capillas, cerrado el camino que conducía á las Grecias y á las Romanas, la pluma sólo pide la fuerza de una mano para abrir la vereda.

Tal procedimiento, ha puesto hosca la faz de cierta crítica... porque en verdad es enorme el número de los fracasados. Pero no encuentro en absoluto lógico censurar una tendencia de Arte

con motivo de las caídas de unos cuantos poetas y escritores seguidores de esa tendencia.

Puede un artista, rodearse de gloria llevando á sus cuadros el predominio de tal ó cual color, tras ese vendría otro poniendo en propios lienzos una múltiple luz y ambos sólo habría que exigírseles sinceridad y belleza; no produciéndose ésta ni presentando aquél, todo intento es inútil, y vano todo esfuerzo. Ahora se

discute y se espera en aptitudes de ansia, ver la última lanza rota á favor de esa gran cruzada. Preocupación es ésta no para el cerebro equilibrado que la llega á buscar al pensamiento centro de gravedad, sino para el que estudia y analiza el alma de las Repúblicas latinas, á despecho de los que creen tan sólo, en que América es la inculta mariposa que se quema las alas atraída por el faro de París.

Nicaragua.

LEONARDO MONTALBÁN.

Dime que volverás

Para APOLÓ.

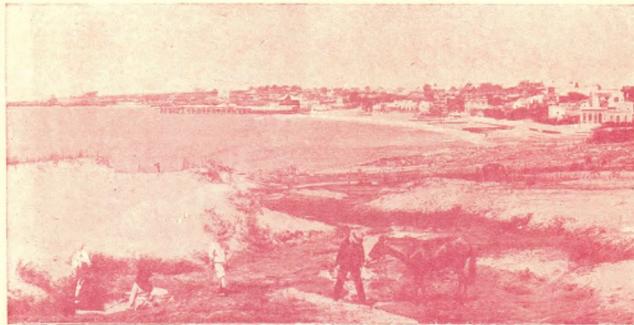
Cuando á mis pies la encanecida espuma
Venga á morir en la onda silenciosa
Y tiemblen los girones de la bruma
Y se extinga la tarde pesarosa,
Cuando la lluvia con pesadas gotas
Hiera el frío cristal de mi ventana,
Y cuando el viento haga vibrar sus notas
Llorando hasta morir, en mi persiana,
Cuando las hojas secas y amarillas
Ritmen su triste danza del otoño,
Y allá, lejos, las pálidas cuchillas
Sueñen con el verdor de algún retoño,
En esas horas de tristeza y duda
Dime que para mí despertarás
Y rompiendo el misterio que te anuda,
Dime que volverás . . .
Dime que siempre no estaré tan sola
Y que no he de llorarte siempre, así,
Que volverás, envuelto en una aureola
Como vuelven los astros de rubí.
Que dejarás la tierra un solo instante
Y el florido jardín que te aprisiona
Y la noche, poblada y palpitante
Donde la vida muerta su ay! entona.
Pero en la tierra sólo dudas leo . . .
Dímelo una vez más;
Necesito creerlo y no lo creo . . .
Dime que volverás!
Di que á mi lado temblará tu aliento
Confundido en la brisa perfumada
Y que tu voz percibiré en el viento
Y en la luz, de tus ojos la mirada.
No puedo, nó, creer que en una hora
Todo se acabe sin tornar jamás . . .
Que haya noches eternas sin aurora . . .
Que ya no volverás . . .
No puedo no creerlo . . . Y no lo creo!
Di que á mi lado temblará tu faz,
Que te he de ver, como á los astros veo
En suave y honda é infinita paz.

Di que en mis noches largas, pesarosas
Tu imagen brillará consoladora
Y con tus manos fuertes y piadosas
Del cruel insomnio detendrás las horas.
Y al aletear confuso de la idea
Y en el suave rumor del sentimiento
Dilo — aunque no lo crea —
Que en mí se agitará tu pensamiento.
Dime que volverás, dímelo, vida,
En esas horas de misterio llenas
Que el ala de la noche adormecida
Arroja cual erespón sobre mis penas.
Sé que no vuelven las marchitas hojas
Al tronco añoños que les dió la vida;
Que para siempre, las corolas rojas,
Se arrancan, como carne dolorida
Sé que no vuelve ya la misma espuma
A besar de la playa las arenas,
Que cuando torna en el Abril la bruma
No es la que antaño amortajó mis penas.
Sé que el rayo de sol que me ilumina
Ya no es aquel que iluminó tu frente,
Que el huracán que hace torcer la encina
No es el que ayer se desató inclemente.
Que ni la sangre misma que palpita
Es la que otrora estremeció mis venas,
Que todo pasa, y sin cesar nos grita
El adiós sin retorno . . . Más serenas,
Quiero creer que volverán las notas
Del canto de tu voz junto á mi oído
Como un vago rumor de cuerdas rotas,
Como un tenue suspiro adolorido.
Como una sombra vaga, fugitiva . . .
Como un aliento leve . . . nada más . . .
Como una gota en una flor cautiva . . .
Pero anhelo creer que volverás.
Dilo con fe, porque creerlo quiero,
Dímelo una vez más,
En este instante, ya talvez lo espero . . .
Dime que volverás!

CLOTILDE LUISI.

Enero 1909.

Playa de los Pocitos



Para APOLÓ.

La ruta se perdía como entre un valo violeta
que ahogaba los contornos, distancias y colores,
y grupos silenciosos de rudos labradores
á ratos perfilaban su escualida silueta.

Rodaban en el aire los últimos rumores
de la caduca tarde, y apenas si una veta
de parpadeante oro abría una ancha grieta
en el Ocaso rojo nimbado de vapores.

PAÍSAGE BÍBLICO

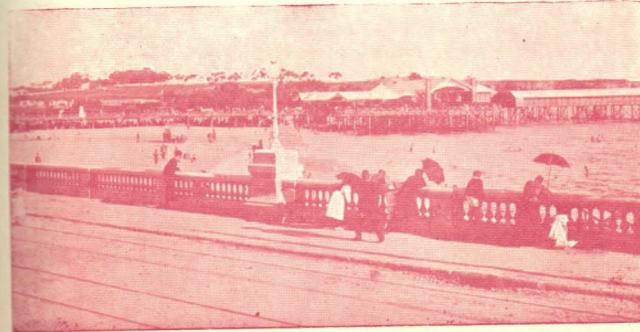
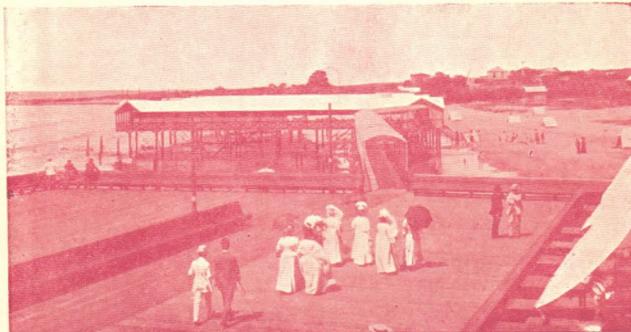
A Francisco A. Schinca

La paz era de claustro; la luz languidecía.
Ya todo se esfumaba como una alegría
de una remota estampa de polvorientos años...

Balaban en el valle los últimos rebaños,
y entre la sombra ambigua de la arboleda huraña,
en éxtasis celeste soñaba la montaña.

JUAN PICON OLAONDO.

Playa Ramírez



Idealidad vencida

Para APOLÓ.

Cada vez que usted se aleja de mi lado, empiezo á reprocharme,—no por lo que hayamos hecho ó dicho, porque si hay charla espiritual y delicada es la suya,—sino por permitirme yo, el lujo podría decirse, de estar en su presencia.—Y pienso en inventar algún medio, en hacer algo, para despertar en usted el deseo de no verme, provocando el hastío,—que es á lo que inevitablemente está abocada su alma joven y bella, al contacto de la mía, vieja y fea. Solamente que su generosidad, esa otra bella condición suya, no le ha permitido todavía, que se detenga en el examen.—Es muy grande en usted el deseo de hacer caridad.

—Si no admirara todo lo que hay de infantil é ingenuo en eso que acaba de manifestar, tendría motivo sobrado para resentirme.

—Si de ingenuo, podría pasar, pero lo de infantil... en una persona que ya se va internando en la zona polar de la vida, en la que ya empiezan á nevar los años !

—No diré la del cuerpo,—á pesar de que no es mucho tener 30 años,—pero sí la del espíritu, porque ciertas almas, llegadas á cierta altura tornan otra vez, por la bella y encantadora infancia del espíritu.

¡ Bienaventuradas de ellas ! — porque vivirán en perenne frescura, sin sentir las arideces de la vida !

—Todo eso va muy lindo, pero disculpe que le interrumpa,—quiero decirle algo respecto de nuestra gloriosa entrevista en la quinta.

—¿ Por culpa de quién, fué que la gloria de esa entrevista, resultó tan triste ?

—Los dos nos portamos como hidalgos, sólo que tanta felicidad no estaba hecha para mí, y pasó de largo...

Por primera vez en mi vida—al menos que yo lo recuerde,—el arte de la coquetería, me dió resultado.—Mientras me hacía la *toilette*, pensaba yo en el placer grande, inmenso, que sentirá una novia, cuando empieza en los aprontes para recibir la visita del novio,—que se detiene en mil detalles, para no sentir el pase de los minutos que la aproxima á la hora de la cita ; de esos minutos que en la espera parecen eternizarse ;—á la vez que, con la deliberada intención,—por algo que es exclusivamente femenino — de presentarse siempre linda ante los ojos de él, y se interroga silenciosamente ante el espejo.—No por el placer de conquista, que es patrimonio del alma aventurera de ustedes—sino por la tranquilidad que se adquiere, al ver siempre entusiasmado, á eso que se adora, que lo convence á uno, de que todavía no ha llegado el hastío á su alma.

Yo también ese día estaba, me sentía linda.

Llegué á la quinta, dispuesta á esperarle toda una vida, si al fin, la esperanza me lo prometía á usted,—pero no se hizo esperar mucho rato.

Yo traté de ocultarme entre las plantas, para ver si sus ojos, venían poseídos del dón de buscar lo que se desea.

Pasó cerca mío, no se cómo pude contenerme sin llamarle.

Llevaba su rostro, una expresión de alegría,—le iba sonriendo bellamente á la vida.

Su alma, sus ojos, todo lo que en usted hay de exquisito, al sonreír, parecía proclamarlo, la nevada blancura de sus dientes.

Si yo hubiera sido su novia, habría ido hacia usted con los brazos abiertos ; — pero, su presencia produjo en mí la sensación del contraste, que me recordó mi vejez y fealdad, —desvaneciendo la ilusión que me había estado acariciando, de provocar una pasión grande, fuerte, de que su alma es susceptible.—Y le dejé pasar, que llegara hasta el Prado,—pensé que usted esa tarde debería pasarlo doblemente más feliz, al lado de una joven y bella como usted,—yo me conformé con esperarle, con llamarle, si al regreso volvía á pasar por mi lado.

Esperé hasta las 7,—hora en que pude convencerme, de que ya no quedaría nadie más que pasar.

La espera me había helado, — de todos lados salía, y sentía frío.

Luego que me hube convencido de que ya no volvería, pensé en escribirle, haciendo ver de que había cumplido ; de que si yo, en nombre de mi sentimiento, pude haberle llamado cuando pasó por mi lado,—usted en nombre de su juventud, hizo bien en seguir de largo.—Pero la idea—esa idea, de cuya influencia no podemos independizarnos en absoluto, por más superior que sea el plano en que nos agitamos, — de que usted debió haber pasado una tarde muy feliz al lado de otra,—mientras yo me helaba esperándole,—empezó á preocuparme ,y acabó por hacer triunfar mi orgullo de mujer.

—Es decir que por la preocupación de siempre, los dos pasamos un mal momento.—Por esa misma preocupación, usted estuvo tan vaga y tan indecisa al designar el lugar de la cita, que fué sin rumbo cierto,—por si la casualidad, la ponía al alcance de mi vista.—Así que anduve largo rato, vagando por las avenidas más desiertas. — Pero la idea de que otra... ¿por esa idea me habrá usted tratado mal, verdad ?

—Mal no, usted había cumplido, solamente que yo exigía demasiado,—que sus ojos vinieran poseídos de ese

dón, de buscar lo que se desea ;— por eso regresé bastante triste ;—pero luego, cobré mi tranquilidad habitual, de la que me había desorbitado una fugaz quimera.—Y si al principio lo lamenté, más tarde me felicité, de que nuestra entrevista, tuviera el fin que tuvo.—A no haber sucedido así, hoy tendría un cargo de conciencia que me mortificaría.—La espera sin resultado, fué el Jordán que lavó á mi alma, librándola de toda ulterior tentación.

Yo no debo hacer nada, por fomentar en usted mi sentimiento, que por ley de las cosas, tiene que ser efímero.

Déjeme á mí, seguir siendo ruina, y no intente gastar su primavera en reverdecerla.

Soy una alma, muerta ya para la vida del sentimiento inmune de sus pasiones, — que sólo desea hacer vida de Orfebre, para la gloria del verso. — Déjeme, pues, seguir tejiendo mi filigrana, y no intente sacarme de esta penumbra, donde es ya debilitada la sensación de la vida.

—Es muy bello su deseo; pero, es demasiado frío.— Nadie tiene derecho á alejarse de la vida, mientras sienta arder en sus venas, la roja onda sanguínea.

Hoy está usted romántica, como coqueta el domingo, al pensar en nuestra entrevista.

¡Y que mi alma, que todavía siente estas cosas, crea apagado el fuego en sus venas!

Acérquese, quiero ver á su alma reclinada en la ventana de sus ojos.

Tiene razón, en sentir á veces lo que siente.—Estos carbones tienen que haber quemado mucha vida.—Pero, yo volcaré el ánfora de mi sentimiento, y ella se sentirá renacer, retoñará nuevamente.

Y ya que siente placer en ser ruina, tendrá que resignarse, y ostentar el verdor del mûsgo, ó soportar el peso de la yedra ;—porque es á lo que están predestinadas las ruinas.

Sin que por eso mi deseo importe hacerla abdicar de la gloria del verso.

A mi contacto, despertará lo que en usted duerme, y arderá la vida en sus venas, que cantando, subirá hasta el alma de sus versos, para llevarle en sus ondas, el encanto de su nuevo ritmo, con una nueva vida.

Hay algo de inacabado, de franco, en el verso que no lleva algo del perfume, luz y calor de la vida.

El que más y mejor lleve, hablará de ella fuerte e intensamente.

La sensación artística que ése provoque, se traducirá en una lágrima, ó en un delicado deseo de caricias.

—Ese es el horla, que la exquisita sensibilidad de su alma, pone en todo lo que roza, ya sea hablando, ó escribiendo.



—Por eso en mis éxtasis contemplativos, delante de ciertas manifestaciones de lo bello, siendo ardientemente el deseo de la caricia.

Hay la música de un poema, en la naturaleza que se desborda, que se expande, que se identifica en una comunióñ.

—¡ Señor, no hagáis que me arrepienta por los *siglos de los siglos!*

Sabes tú, que me considero vieja y fea, como para poder resistir á toda bella tentación.

¡ Yo no soy responsable, de que esta alma joven arda en deseos !

¿ Por qué, pues, me has puesto, en el trance, de decir con aquel que vivió acompañado de *cómica y riente desolación* : « ¡ Apreta, apreta, caballero, la espada ! ... Si hiciste más fuerte, y más bella á la tentación ?

Bueno, le regalo mis manos... Y todo, porque sonríe bellamente, y dice palabras divinas !

ISIDRO RODRÍGUEZ MARTÍN.

Margarita Práxedes Muñoz

Ha muerto también en uno de los pueblos del interior de la Argentina, la distinguida escritora y médica peruana Margarita Práxedes Muñoz de cuya obra intelectual ofrecemos algunos fragmentos á nuestros lectores cuando la escritora errante visitó nuestro país de paso para la vecina orilla.

Talento sólido y vigoroso, que

tan pronto se manifestaba en una página literaria de bello estilo, como en un estudio sociológico ó doctrinario, Margarita Práxedes Muñoz deja un vacío en el mundo literario, muy difícil de llenar, hoy, que en la lucha por la vida, cada vez más cruenta, claudican verdaderos

cruzados del Ideal Liberal y de la falange acrática.



En la playa

A Manuel Ugarte.

Para APOLO.

El mar se dilataba de un verde azul intenso,
i el sol, siguiendo el jiro de su augusto descenso,
caía al horizonte, proyectando una raya
de claridad purpúrea, hasta la misma playa.

En las grises arenas, tras la ola muriente
que extendía su espuma, otra ola insistente
se enarcaba, i tras ésta, con un avance lento
de grupos separados o unidos por el viento
la marea venía con su turba líjera
de crestas espumosas, a bañar la ribera.

Y como era el instante de la luz vespertina
que se aleja entre velos de ascendente neblina,
sobre el claro paisaje se oscurecía el cielo.

De las sombras nocturnas descendían al suelo
copiosos, impalpables, sutiles, inseguros
cernidos levemente, los átomos oscuros.

Vagaban en el aire pavores sepulcrales,
alientos i murmullos, suspiros i señales,
i la pálida tarde que alejándose iba
al perderse en la vaga, brumosa perspectiva
dejó caer el beso de su último celaje
sobre la mar. Seguían subiendo del oleaje
los pliegues rumoreantes, las ondas cristalinas
aún bajo las lóbregas tinieblas vespertinas.

Seguían, pues por toda aquella mar desierta
no rodaba una ola melancólica o muerta :
cada una, vehemente, luchaba por sí misma,
recibiendo en su seno la luz como en un prisma ;
traían en su linfa traslúcida, animada,
la flotante dulzura de una suave mirada ;
alzaban en sus jiros la comba de la frente
con el ansia divina de una sien de vidente ;
sujerían un ruego, se elevaban ceñidas
con guirnaldas de lirios en su senda tejidas,
o exaltadas al soplo de ardorosa plegaria
oraban a una estrella naciente o solitaria.

Así, en el brioso avance de la marea plena,
que enorme i persistente ya cubría la arena,
cada ola venía febril, perseverante,
siguiendo su incansable rodar hacia adelante ;
i del esfuerzo mudo, de la insistencia alta
del impulso constante de cada onda viva,
del afán que las lleva hacia un borde lejano
se formaba la eterna pureza del Océano,
que por todas las playas, cercanas o remotas,
va esparciendo su espuma de perlas o de notas !

Y en la línea oscilante do moría el anhelo
del agua fervorosa, yo sentí el desconsuelo
con que lo humano rueda, como oleaje callado
tras la playa ilusoria del futuro ignorado.

Sentí las corruptoras i lánguidas quietudes
en que duerme la vida de tantas multitudes,
de tantas almas muertas que la luz no reanima
porque están impregnadas del lodo de la sima ;
de esas aguas silentes que al empuje del viento
no se mueven, ni bullen, ni dan un leve acento,
e inmóviles al peso del légamo diluido
jamás hincha sus senos el ansia de un latido.

¡ Oh, qué fría la lucha ! ¡ Oh, qué larga la senda
para la ola pura que a lo ideal ascienda ;
qué horrible i pavorosa la inmensa travesía
por medio de esa calma ! qué inútil la porfía
por dejar el reposo tenaz, perseverante,
salvar sus languideces, rodar hacia adelante ;
qué estéril el ensueño de que a un ímpetu libre
se levante la intensa vida armónica i vibré
bajo el cálido aliento de esperanza suprema,
como al ritmo la dócil floresta de un poema ;
i qué vano el esfuerzo porque todo se eleve
i no haya corazones dormidos bajo nieve,
cual los fósiles bosques, por la tierra cubiertos,
que no elevan el himno de sus árboles muertos !

Y en tanto que la tarde se esfumaba en lo oscuro,
llevado por mi angustia soñé con el futuro,
con la era solemne, con el tiempo lejano,
en que igual a las aguas que rueda el Océano,
sin tener una ola desmayada o dormida
que no luche i se encumbe persiguiendo la vida,
del intrépido esfuerzo, de los raudos vaivenes,
de la chispa que luzcan las ondas en las sienes,
del latido constante, del obstinado empuje
de la espuma que sueña, de la linfa que ruje,
levanté su armoniosa pureza soberana
el impulso vehemente de la marea humana.

Así ella, — aunque sea la hora vespertina
que se aleja entre velos de ascendente neblina ;
aunque sobre la tierra se empañe el claro cielo,
i caigan de las sombras eternales al suelo
copiosos, impalpables, sutiles, inseguros
cernidos levemente, los átomos oscuros ;
aunque vaguen en lo alto pavores sepulcrales
alientos i murmullos, suspiros i señales, —
llegará, cual los mares, cantando a las ignotas
riberas en que suelte sus perlas i sus notas !

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

El primer beso

Fué una viejecita blanca, una viejecita de nieve, encorvada y temblona, de esas que en los cuentos del divino Perrault regalan á Cenicienta su chapín de cristal y ofrecen al príncipe enamorado para que, de rodillas, ante el lecho de púrpura, pueda despertar á la hermosa durmiente. Figúrate que al entrar en el templo, junto á la tallada cancela, á la hora de la primera misa, me la encontré con un rosario de cuentas colgado en su vestido de pliegues rectos, y su mantón negro, triangularmente erguido sobre la cabeza como la capucha de un hábito.

Era una mañana fría, color de azucena. Entré con unción, levanté la pesada cortina verde cuándo en el mismo instante en que me herían los reflejos de los cirios que desde larga distancia picaban la sombra, sentí la primera caricia dada en la mejilla por una mano de seda oliente á incienso. Jamás en mi niñez solitaria y huraña, en mis ocho años de candidez meditativa se

había posado así una mano con tan blanda finura sobre mi rostro. No recordaba haber sido arrullado con la canción maternal, ni había sentido el aleteo de los ósculos entre los labios que entreabrió el primer suspiro del ensueño.

Conservo esta impresión como una reliquia. Está guardada en la sacristía de la pequeña iglesia, de la iglesia que levanté á la castidad de mis días blancos, para que algún día entren á rezar mis recuerdos y tengan dónde esconderse mis maldades.

No sé con precisión cuánto duró aquella caricia ni lo que me dijo la anciana — algo muy suave y muy alado que se evaporó como una nube — lo que sí sé, es que apareció en la soledad de mi espíritu un ángel hecho de ráfagas azules, y que cuando evoco mis memorias infantiles miro á la viejecita de nieve, encorvada y temblona, junto á la cancela tallada, á la hora de la primera misa.

LUIS G. URBINA.

Gavota de las Damas Amarillas

Algunas damas rubias, no ya jóvenes, pero apenas salidas de la juventud, vestidas de una aja- da seda de color de crisantemo amarillo, la bailan con caballe- ros adolescentes, vestidos de rosa, un poco aburridos, que lle- van en su corazón las imágenes

de otras mujeres más bellas, la llama de un nuevo deseo. Y la danza en una sala muy vasta, que tiene todas las paredes cu- biertas de espejos; la danzan sobre un pavimento entarimado de amaranto y de cedro, bajo una gran lámpara de cristal don-

de las bujías están para consumirse y no se consumen nunca. Y las damas tienen en sus bocas, un poco murchitas, una sonrisa tenue, pero inextinguible; y los caballeros tienen en sus ojos un tedio infinito. Y un reloj de péndulo señala siempre una misma

hora, y los espejos repiten siempre las mismas actitudes, y la «Gavota» continúa, siempre dulce, siempre lenta, siempre igual, eternamente, como una pena de amor.

GABRIEL D' ANNUNZIO.

Obertura

Un recuerdo inextinguible de algunas mujeres que han pasado por mi vida, y que no pudieron besarme... y que yo no pude besar... Y luego, en el jardín, estas noches de luna, parece que la vida de los sueños florece en la sombra dormida del mundo; y parece que las novias que se fueron, ó que se murieron, pasan de nuevo cerca mi corazón, con su palidez de azucena y de claustro, y su sonrisa de santidad.

Hay momentos en que la vida se creyera una quimera de plata; otros, parece que hemos pasado ya por el jardín de la muerte. Pero las visiones huyen, y se diría que son sombras de la vida soñadas en una obscuridad de otro mundo...

Sombras ó mujeres en flor, pasando entre las flores, en el esplendor de la luna muerta, y ya no vuelven nunca...

JUAN R. JIMÉNEZ.

Sol de invierno

Es mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas.
Simétricos montículos
y ramas esqueléticas.
Bajo el invernadero,
naranjos de maceta,
y en un tonel, pintado
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,
para su capa vieja:
«El sol, esta hermosura
de sol!...» Los niños juegan.
El agua de la fuente
resbala, corre y sueña
lamiendo, casi muda,
la verdinosa piedra.

ANTONIO MACHADO.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

SOR DEMONIO, por Felipe Trigo.—Librería de Fernando Fé.—Madrid.—Ya en distintas ocasiones, he habido con verdadera delección del pujante novelista que con su obra tendenciosa y educativa ha señalado un nuevo horizonte á la novela contemporánea. Sucintamente expondré aquí mi impresión sobre el último libro con que acaba de obsequiarme.

Sor Demonio es, á la vez que una vibrante novela, un vasto estudio psicológico de complicadas ramificaciones y una sátira sangrienta. Honorio, el protagonista, es el prototipo del hombre celoso que á fuerza de conseguir los favores de mujeres fáciles, casadas y solteras, duda de la honorabilidad de su esposa á quien maltrata y escarnece sin tener una sola prueba de su culpabilidad. Sus temores, débiles al principio, vánse acrecentando poco á poco, á medida que él se hastia de las caricias de su mujer, y el enigma de los celos, indescifrable y astuto como una observación trágica, concluye por arrojarlo al abismo del ridículo. Felipe Trigo, usando de una cruel ironía conveniente á los actos de Honorio que cree á cada instante coger *infraganti* á su mujer en el lecho conyugal, satiriza los celos y nos dice, reflejando sus observaciones, á qué tristes y buenas escenas conducen ellos al individuo que por un mero prurito de vanidad duda de la fidelidad de su consorte y no tiene reparo en manifestárselo á su querida.

Ese marido hidalgo y metafísico, como llama á su personaje el ilustre novelista, es la encarnación de la fatalidad y es el blanco de la sátira. Pintado vigorosamente y con rasgos firmes de una verosimilitud reveladora y serena que ponen su alma al desnudo y hablan de su *mentalidad*, Honorio es, vuelvo á decirlo, el prototipo del hombre celoso para quien la virtud de su esposa es un juguete de sus temores y de sus rancios convencionalismos.

Nuevos libros recibidos

LAURACHA, por Otto Miguel Cione; JUICIO SOBRE EL LIBRO POR LOS JARDINES DEL ALMA DE OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS, por Pío Gandalfo; FRENTES Á LA IGLESIA, por Gumersindo Ardanaz; GRANADA, por M. L. D' Ayot; VANIDAD DE VANI-DADES, por E. Gómez Carrillo; APÓSTO-

Otra de las figuras más interesantes que se destacan en la novela es la de Dulce, querida de Honorio y esposa de Julián, hombre ignorante éste, que cree ingenua á su mujer y lo manifiesta á todos los vientos, dejando á la adultera á cubierto de toda sospecha.

Trigo nos ofrece en *Sor Demonio* una obra de estudio y de tendencias demoledoras, que perdurará por su estilo y por el ideal que sustenta. La humanidad ha menester de esas obras para emanciparse de ciertos prejuicios y ciertas aberraciones.—Pérez y Curis.

EL TORMENTO DE SÍSIFO, por Augusto Martínez Olmedillo.—Librería de Pueyo.—Madrid.—Cuando leí *La caída de la mujer* de este mismo autor, tuve la oportunidad de manifestar mi concepto favorable acerca de aquella obra, concepto que hoy repito y amplio con motivo de la lectura de *El tormento de Sísifo*. El argumento de esta novela es hermosamente humano. En resumen: trátase de un proletario dotado de un excelente temperamento de artista, que no puede desarrollar por la esclavitud que sus medios de vida le imponen; un luchador que se afana por llegar á la luz, por demostrar el fruto de sus facultades, y que después de haber luchado tenazmente, se acerca al lugar de sus aspiraciones y el destino le es adverso, obligándolo, como á Sísifo, á cargar nuevamente la piedra de sus desgracias, hasta que halla en el suicidio el fin de sus tribulaciones.

El sujeto está muy bien tratado y tanto él como los otros personajes de la novela se mueven, dialogan y gestulan con soltura y naturalidad.

En *El tormento de Sísifo* la frase fluye fresca y espontánea y las descripciones evocan dulcísimas acuarelas, tan grande es el cariño que el artista ha puesto en ellas.—Pérez y Curis.

LES REBELDES, por Santos García Mallarini; CANTO Á LA SIRENETA, por Guzmán Papini; LA DISCIPLINA ESCOLAR Y LOS CASTIGOS CORPORALES, por Horacio Dura.

En nuestro próximo número hablaremos de los libros anotados.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas e Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garantizan los trabajos de la casa

— PRECIOS —

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00		
Jacquet	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda	
Smoking	» » 18.00	» » 28.00	» » »	
Levita	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Frac	» » 30.00	» » 40.00	» » »	
Sobretodos	» » 12.00	» » 22.00	» » »	
Pantalones	» » 2.00	» » 7.00		
Chalecos fantasía	» » 1.00	» » 5.00		

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS

Ovidio Fernández Ríos

Por los Jardines del Alma

(Poesías)

0.50 el ejemplar

J. J. Illa Moreno

Rubies y Amatistas

(Poesías)

0.70 el ejemplar

Pérez y Curis

Rosa Ignea

(Cuentos) 2.^a edición

0.25 el ejemplar

Maria Morrison de Parker

El Padrino de Cecilia

0.40 el ejemplar

Santos García Mallarini

Apóstoles Rebeldes

0.30 el ejemplar

Guía

Qvo Vadis?

0.10 el ejemplar

Guzmán Papini

Canto á la Sireneta

0.20 el ejemplar

Delmira Agustini

El Libro Blanco

(Poesías)

0.50 el ejemplar

M. Medina Betancort

Cuentos al Corazón

0.40 el ejemplar

Pérez y Curis

Heliotropos

0.50 el ejemplar

Andrés T. Gomensoro

Rumbo al Sol

0.40 el ejemplar

Ismael Cortinas

El Credo

0.25 el ejemplar

PÉREZ Y CURIS

Alma de Idilio y Rimas Sentimentales

Edición de lujo : 0.50 el ejemplar